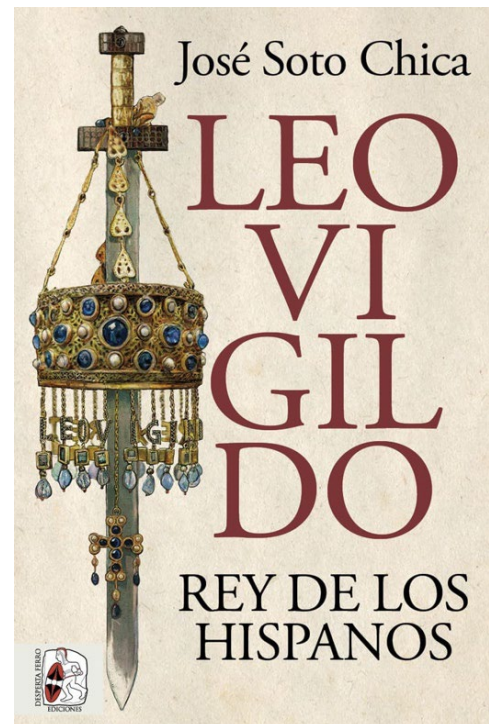


José SOTO CHICA: *Leovigildo. Rey de los Hispanos*, Madrid, Desperta Ferro Ediciones, 2023, 310 pp., ISBN: 978-84-127166-4-1.

Gonzalo Soriano Blasco  
Universidad de Zaragoza

**Relato de sangre y fuego para el rey de los hispanos.**

El reinado del monarca visigodo Leovigildo I (568 – 586) fue uno de conflicto constante. Una época donde la paz que unos u otros monarcas pudieron gozar fue breve, salpicada por brotes de peste, cambios climáticos que devenían en peores cosechas, y con ello las dificultades diarias que la población corriente sufría se acrecentaron. La vida de Leovigildo fue todo eso, pero también fue mucho más. Fue una época de renovado vigor urbano, donde las ciudades, disminuidas, se adaptaron y negaron a morir; de una nueva ordenación social, donde los distintos potentados trataron de imponerse frente a un campesinado con gran autonomía en sus pequeñas poblaciones; tiempo de preservación de los saberes clásicos e imitación de las modas orientales; de comercio, donde el Mediterráneo mantuvo su unión a ambas puntas del mar con la transmisión de conocimientos y mercancías. Leovigildo vivió mucha guerra, pero también fue un constructor en un reino con los recursos y el potencial para plantar cara a cualquiera de sus vecinos. No todo era gris tormenta o rojo sangre.



Por unas razones u otras, la Antigüedad Tardía y la época del Reino Visigodo ha sido infratratada dentro de los estudios más actuales de la historia peninsular. Su sombra fue mayormente utilizada para tratar de legitimar cuestiones históricas posteriores, mientras que en sí no fue demasiado estudiada. Esa tendencia en los últimos años tiene síntomas de revertirse, con los estudios de académicas como Celia Martínez Maza o José Carlos López Gómez, también en parte con el estudio de la religiosidad local. Con todo, la arqueología parece coger carrerilla dentro de esta devolución de la luz a una época con tantas sombras como fue la Hispania del siglo sexto, donde se arremolinaron numerosas culturas en un mismo lugar.

En un momento como este, interviene en la acción el autor de este libro, José Soto Chica, Doctor en Historia Medieval y profesor de la Universidad de Granada.

Cuenta en su haber otros libros relacionados con la temática, como es el caso de *Imperios y Bárbaros*, *Visigodos*, o *El Águila y los Cuervos*. Todos ellos centrados en la Tardo Antigüedad o la Alta Edad Media, cuyas fronteras siempre son tan permeables. Se habla entonces de un libro cuyo autor es ya veterano en la materia, por no decir que es también novelista, con varios títulos bajo su brazo, cosa que se deja denotar a lo largo de su narrativa. Curiosamente, con Leovigildo no es la primera vez en la que escribe de épocas o personajes parecidos tanto en la ficción como en la ciencia histórica, como fue también el caso de Heraclio. Con su tesis defendida en 2010 y, aunque con una temática más del Mediterráneo oriental, su ámbito preferido siempre ha sido esta época.

Este libro puede definirse como un ensayo histórico que trata la vida específica de un monarca y su tiempo. Soto presenta en la introducción el motivo de su existencia como una especie de reto personal que se marcó tanto él a sí mismo, como sus propios editores. Admite, por ello, que es su primer enfrentamiento con el género biográfico, con la dificultad añadida de ser una figura con semejante calado histórico. La intención última del libro, sin embargo, es divulgativa. Si algo caracteriza su estilo de escritura es que es entretenido, que atrae a la lectura, independientemente de la temática, y con ello tiene un muy buen gancho para que la gente lea largas páginas sobre temas que no se hubiera podido imaginar. Si bien este tomo está preparado para atraer incluso a los no familiarizados con la temática, también es cierto que en determinados momentos goza de sofisticación académica en su análisis y las fuentes que utiliza, con cuestiones tan interesantes como la comparativa entre yacimientos, registros polínicos, o muestras de irradiación solar.

Otro aspecto en el que luce su parte más divulgativa es en aquellos pequeños mensajes que de vez en cuando y de manera consciente lanza el libro. Píldoras concisas fáciles de recordar que pueden llegar a cambiar la perspectiva del lector. Trata de desmentir equívocos de la época cuando es posible, muestra ejemplos de mujeres en el poder en un tiempo tan clave como el s.VI, usa de manera indistinta los términos romano y bizantino, trata de argumentar la falsedad de la idea del fin de las ciudades en aquellos momentos, el que buscar purezas raciales no tiene ningún sentido, etc. La intención y los mensajes suelen ser eminentemente positivos, aunque en ocasiones los métodos pueden pecar de poco formales, cosa que se explicará más tarde.

El libro en cuestión es una primera edición publicado en noviembre de 2023. Está dividido en un total de nueve distintos capítulos con prólogo de la mano del profesor de derecho Luis Gonzaga Roger Castillo, introducción que explica las motivaciones del autor, y un breve epílogo a modo de conclusión para la vida de Leovigildo. Como suele ser común en los últimos tiempos, los índices de este tipo de libros no son de ninguna utilidad, ya que no precisan las fechas en las que se enmarcan y, aparte, sus títulos son pura poesía sin apenas descripción de su contenido.

En el primer capítulo, *Nacido a la sombra de los jinetes del Apocalipsis*, se enmarca el nacimiento de este monarca en la primera mitad del siglo sexto, con los diferentes acontecimientos que llevaron al pueblo visigodo a asentarse en la Hispania romana junto con vecinos como los bizantinos. Si algo es cierto es que Soto es más que capaz de poner en contexto y hacer que el lector se sitúe sin ninguna dificultad y de manera entretenida. El segundo, *Cinco reyes y una reina*, narra la situación de la corte visigoda y cómo Leovigildo llegó a coronarse rey mediante el matrimonio con la viuda del rey Atanagildo. El tercero, *Un mundo peligroso*, muestra de manera sucinta la situación internacional del momento. *El rayo que galopa* narra las primeras andanzas militares del monarca, donde se constata lo concienzudo que puede llegar a ser Soto, con mención de toda fuente que jamás llegó a nombrar cierta región y todas las posibles vías hacia un territorio dentro del marco de una campaña militar. Destaca como usa de referencia carreteras actuales de forma que el lector pueda comprender de manera rápida la indicación dada.

Luego, *La vengadora espada* muestra, en una parte, la faceta reformadora de este príncipe, sus intentos de legitimar su posición y la imitación que mostró hacia Constantinopla. En otra, continúa con sus campañas tanto en el norte como en el sur. En el sexto capítulo, *El dragón en el trono*, se muestra una más que necesaria visión de la sociedad visigoda/hispánica de la época. Las formas en que se trató de emular al imperio, la administración visigoda, de qué manera vivía la mayor parte de la población, cultivos, organización del territorio, etc. En *Tyrannus* se habla de manera principal del proceso que llevó a la enajenación de su hijo mayor, Hermenegildo, hasta su alzamiento, posiblemente aupado por la reina. *El juicio de la lanza* explica el proceso de supresión de la revuelta, junto con las reformas y tolerancia religiosa dada por Leovigildo para ganar la aceptación de la población. En el noveno y final, *A golpes de hacha*, se habla de las últimas campañas dadas en el norte, hasta que al rey le sorprendiese la muerte en Toletum.

Como colofón a este libro hay un epílogo para mostrar los acontecimientos inmediatamente posteriores al fallecimiento de Leovigildo, y finalmente la bibliografía. En ella hay una gran cantidad de obras clásicas como también de estudios bastante actualizados. Desde pequeños tomos que ayudan a contextualizar en detalles específicos, como libros más especializados de académicos como puede ser Jaime Vizcaíno, gran experto de la Spania bizantina y con cuya ayuda contó Soto. Presencias como la de Vizcaíno o Vallejo dentro de la bibliografía dan por seguro que, cuando menos, la información vertida sobre los bizantinos en la Spania de la época cuenta con un fuerte respaldo. De su estructura, cronológica, lo único que echo en falta es un trato más extenso de la sociedad visigoda, en la que se centra el libro, aunque dándola en una parte importante por sabida.

Hay detalles positivos como las notas bibliográficas. Cada final de capítulo guarda todas aquellas que se han citado alrededor del mismo, con hasta un centenar en ocasiones. De esta forma se aligera la lectura, pero no se renuncia a la exactitud que requiere un trabajo científico. Dentro de sus citas literales, por otro lado, hay dos formatos. En unos casos se da una simple cita textual, que de vez en cuando puede salpicar el texto y es un muy buen recurso, mientras en otras y numerosas ocasiones puede citar una frase latina de varias líneas para luego decir “Esto es”, y traducir. En mi opinión ese original previo debería incluirse en las notas finales, ya que al igual que haría una cita en el texto, interrumpe de manera bastante brusca la lectura.

Algo a comentar sobre la época y el libro, para empezar a desgranar una cuestión mayor, son las fuentes de las que goza. Estas suelen ser reducidas en número y en ciertos casos incluso en la calidad de la información que proporcionan para la época, por lo que se tiene en muchos casos que ser cauteloso en su trato. Las fuentes principales con las que Soto cuenta dentro de la obra son Gregorio de Tours, San Isidoro de Sevilla o Juan de Biclario, combinadas hábilmente con otras muchas diferentes y sus correspondientes estudios. Con todo, e incluso con perspectivas diferentes según la ocasión, la información que proporcionan suele ser parca, de ahí también la necesidad y ayuda que proporcionan otras disciplinas como la arqueológica, con la cual y en combinación llegan a darse fantásticos estudios de una época con tantos claroscuros.

Luego, la lupa que emplea Soto es muy hábil para ahondar en las fuentes. En su libro podemos verlo analizarlas de manera muy incisiva, de manera que, combinado con las distintas cuestiones arqueológicas y datos que maneja, puede llegar a mostrar una imagen completa y verosímil de los acontecimientos. Esa misma imagen, por otro lado, siempre va acompañada de una lírica que le caracteriza de forma particular y que en ciertas ocasiones puede llegar a desvirtuar los dignos esfuerzos que en otros campos tanto muestra. A la hora de escribir, Soto utiliza un lenguaje claro y entendible. Tiene la capacidad de usar vocablos cultos, pero que por estar bien empleados y en su justa medida, son perfectamente comprensibles y enriquecen la propia redacción, cosa que es digna de ser destacada. Ahora bien, la “deformación” profesional por su carrera como novelista hace que tienda a incluir una cantidad de lírica que puede llegar a ser incluso contraproducente para una obra pretendidamente histórica. Precisamente en los claroscuros de las fuentes primarias Soto es capaz de manejarse a la perfección, ya que mediante su escritura claramente inspirada en la novelesca se encarga de llenar aquellos huecos con cuestiones verosímiles, lo cual puede llegar a mostrar problemas.

En su trato de las fuentes suele ser crítico, cosa positiva, a menos que estas muestren algo que implique sangre, morbo o locura. En tal caso, y con una visión posiblemente encarada a causar efecto, en pocas ocasiones las pone en duda, simplemente las reproduce. De esa forma, una época que él mismo argumenta no era ni decadente ni barbárica, queda en ocasiones pintada como tiempo sangriento y despiadado

sobremanera. ¿Se señala a tal figura como un loco? Lo reproduce. ¿Esta fuente dice, simplemente, que se tomó un territorio? Estará un párrafo con la descripción con pelos y señales de la masacre, sangría, violaciones que debieron cometerse, sin absolutamente ninguna necesidad sino el efecto (¿Se dieron? Es posible. ¿Pruebas? La intuición). Por ello, también destaca su alto uso de calificativos subjetivos, la excesiva muestra de su opinión. Un autor que se precie de objetivo (que nadie lo es ni será, pero es una meta a la que aspirar) no puede hablar del arrianismo como una doctrina “equivoca”. O el que trata a personajes de cuya vida personal se sabe francamente poco como si fuesen sujetos a los que psicoanalizar. Es el caso del protagonista de su libro, en cuya psique intenta meterse en demasiadas ocasiones, con decenas de opiniones totalmente basadas en su intuición sobre aquello que lo hacía o dejaba de hacer feliz, sentimientos, y morbo. Por el mismo derrotero van personajes como su mujer, Gosvinta, que más que un personaje histórico se asemeja a una antagonista de una novela de aventuras.

El apartado gráfico, por otro costado, es uno en el que el libro destaca en positivo sin lugar a duda. A disposición del lector se tienen árboles genealógicos que ayudan a situar a la miríada de nombres de personajes destacados; planos de los distintos conflictos que se sucedieron con gran detalle, muchos de ellos inéditos; mapas de las diferentes campañas y de la propia situación tanto europea como del Mediterráneo. Luego está la cuestión puramente de imágenes; el texto está continuamente sembrado de imágenes de yacimientos, hallazgos, obras de arte y lugares que ayudan al lector a ponerse en situación y, a su vez, a romper la monotonía con cuestiones también más coloridas. Destaca por ello una adenda tras la bibliografía en el que se incluyen más imágenes pertinentes para la temática del libro. El único pero que encuentro es en un último mapa donde las fronteras de la Spania bizantina contradicen lo que el propio Soto argumenta por escrito en casos como Asidona (la actual Medina Sidonia). Por lo demás, un campo con solo alabanzas.

En conclusión, el libro goza de una escritura entretenida y que no se hace pesada, de un apartado gráfico elegante y ameno que rompe con la continuidad del texto a la vez que da mucha información, y de una temática interesante y apenas tratada. Si bien uno puede llegar a aprender mucho al leer el libro, el problema que veo es que al dedicarse a un público no tan especializado, puede llegar a confundir debido a los mensajes contradictorios que envía de sofisticación y, a la vez, excesiva belicosidad. O el que un lector desprovisto de herramientas crea que la Historia en sí es una novela épica donde tomar partido por sus distintos personajes, señalar a tal como “la mala” y a otro como el “antihéroe” de la trama. La investigación dada de fondo y el esfuerzo empeñado se notan, los cuales producen un tomo muy interesante, pero con ciertos toques en un enfoque tan personal que lastran en una parte importante el trabajo invertido.